

BIOGRAFÍA DE CARMELITA ACOSTA

(Semblanza redactada por M^a de Gracia Ortega Seda y leída por D. Ramón Carmona en la entrega de la medalla Pro Ecclesia a Carmelita Acosta Jiménez)

María del Carmen Acosta Jiménez, Carmelita Acosta para la comunidad parroquial de Mairena del Alcor, nació una fría noche del 30 de enero de 1945 en una familia muy devota de esta localidad de los Alcores sevillanos. Sus padres, Isidora y Manuel, ya tenían una prole formada por Regina y Manuel Jesús, los hermanos mayores, que siempre serán el apoyo de nuestra protagonista y su modelo a lo largo de la vida.

A la tierna edad de ocho años, mientras asistía a la escuela de la recordada Doña Isabel Esquivel, la maestra se da cuenta de las virtudes de la pequeña para el canto, y la envía con Conchita y Maruja, dos maestras que habían formado un coro con un grupo de niñas, y que con sus voces exaltaban y alababan a la Virgen durante el mes de mayo. Será su primer contacto con la música, aunque no el único, en una historia de amor y fascinación por la misma que aún continúa vigente en la actualidad...

Carmelita, una niña menuda, rubia y de ojos azules, crece en un ambiente de religiosidad y servicio a la parroquia, y con doce años asiste a la llegada al pueblo del nuevo párroco, Don Enrique López Guerrero, un hecho que marcará su existencia para siempre. El nuevo párroco, un joven estudioso y amante de la música, llega cargado de ideas, proyectos y buenos propósitos, uno de ellos la creación de un coro parroquial, en el que ella se incorpora, como otros muchos jóvenes de Acción Católica. Un coro en el que ensayaban a diario y que a la postre, además de servir para aprender solfeo y fomentar una amistad sana, sería el germen de muchos buenos matrimonios cristianos en la localidad.

Termina los estudios primarios, y por empeño del párroco, Carmelita sigue estudiando en la academia que se formó en el pueblo, sobre unos cajones de tabaco a modo de mesa o pupitre. Se incorpora al mercado laboral como telefonista en el turno de noche, una ocupación en la que pasa ocho años de su juventud, pero empujada por Don Enrique, que sabía de su valía, estudia auxiliar de clínica y posteriormente la carrera de Enfermería, algo que, reconoce, le costó, porque “yo nunca he sido brillante”, dice, una afirmación que pone de relieve otra

de sus principales virtudes, la humildad y el rechazo a la gloria y los halagos. Tras un breve paso profesional por el Hospital Macarena de la capital hispalense, y tras sufrir en este centro hospitalario la muerte de su padre, con 27 años pide traslado al Centro de Especialidades de Alcalá de Guadaíra, lugar en el que ha ejercido como enfermera de consultas desde 1975 hasta su jubilación en 2010, y donde, según sus compañeros, ha dejado una huella imborrable por su generosidad, su amor al trabajo y su testimonio diario de fe y amor a al prójimo.

Durante todos esos años, Carmelita ha simultaneado su trabajo como enfermera con su otra gran pasión, el coro parroquial, del que tuvo que hacerse cargo en los años 80 a causa de la enfermedad del párroco, director hasta entonces del mismo. Dice ella que cogió la dirección sin tener la preparación adecuada, aunque junto al grupo de jóvenes y mayores que lo han conformado durante estas décadas, ha asumido retos tan importantes como la interpretación de grandes piezas de polifonía como el Aleluya de Haendel, y otras muchas de la historia de la música religiosa. Su voz, dulce, delicada y melodiosa como la de un ruiseñor, forma parte de la historia de la parroquia de Mairena del Alcor, junto a la añorada Amadora Fraga Iribarne, Dora para los parroquianos, una virtuosa del órgano, que ha sido su pareja musical durante decenas de años hasta su reciente muerte en gracia de Dios. No ha habido celebración de vísperas, de la Inmaculada o de cualquier otra índole en la que la voz limpia, clara y cristalina de Carmelita no haya estado presente, una labor en la que tomó el testigo de su madre, Isidora, encargada durante muchos años del canto en la iglesia parroquial. Además de las misas dominicales y diarias, y debido a su amor por la parroquia, siempre ha estado dispuesta a arrimar el hombro para buscar fondos para la misma, utilizando para ello el instrumento que mejor sabe tocar, su voz. Así, cuando la parroquia organizaba festivales y tómbolas benéficos allá por los 60 y 70, ella, a pesar de su timidez y modestia, sacaba fuerzas de flaquezas para plantarse ante el público y cantar las canciones del momento, porque la parroquia estaba por encima de todo, incluida su timidez casi patológica. Una timidez que le llevaba a sonrojarse ya de pequeña cuando la maestra pasaba lista en clase y decía su nombre...

Criada en un ambiente de fervor a Dios y amor a la música -su hermano era compositor y tocaba el requinto, y su padre, hacía lo propio con el bombardino- el Señor le tenía preparada otra misión de gran calado y de servicio a su comunidad parroquial: la de asistir y cuidar al párroco desde los años 80, cuando una enfermedad cardiovascular comenzó a mermar su

movilidad y a necesitar de cuidados continuos. Carmelita, con un cuerpo menudo y frágil, entendió que Dios le encargaba esa tarea como una forma de santificación, y durante casi 40 años, mostrando una fortaleza fuera de lo común, además de su trabajo sanitario diario, ha cocinado y se ha hecho cargo de las tareas domésticas de la casa del sacerdote, que la consideraba como una hija abnegada que ejercía así su fe en el cuidado de este ministro de la Iglesia. En los últimos años, la dedicación era casi total, llegando a trasladarlo a la casa en la que ella convivía con su hermana Regina, y donde el sacerdote falleció en 2010 con los mejores cuidados y con un testimonio de fe verdadero.

Carmelita Acosta no se ha casado ni ha tenido hijos, pero el Señor le ha regalado una familia con tres sobrinos, Antonio, Chema (sacerdote) y Enrique, a los que ha dedicado su vida entera, y una misión doble en la parroquia, a la que se ha dedicado en cuerpo y alma. Pasados los años, y ante el acontecimiento que ahora celebramos, la entrega de la cruz pro-ecclesia, reconoce que le ha costado admitirlo, porque siguiendo la enseñanza del evangelio, no quiere lisonjas ni premios en este mundo...pero la madurez también le ha dado templanza y conformidad, y reconoce que, si el Señor le ha querido hacer este regalo en vida, ella lo recibe gustosa. “Será que la gente me quiere”, dice resignada, aunque le ha costado aceptar ser, por una vez, protagonista principal y no solo servidora.

Así es Carmelita Acosta, un ejemplo para todos nosotros, por su tesón, por su humildad, y por su entrega y generosidad, renunciando a su propia vida para servir de soporte a los demás, siguiendo de forma estricta la estela y las enseñanzas del Señor, que entregó su vida por el mundo. A Dios por la música, y al cielo por su abnegación y servicio a los demás. La parroquia, su parroquia, se alegra en el Señor de este ejemplo de vida cristiana, y de este regalo de conducta ejemplar. Gracias, Carmelita, por tu generosidad y dedicación; recibe hoy aquí el reconocimiento de la iglesia y de todos los que te apreciamos.

Sevilla, 20 de octubre de 2022.